

EXTRAORDINARIO
DE NAVIDAD

N.º 513 AÑO XI
SAN FELIU DE GUIXOLS

AVANCE

EL ETERNO MENSAJE



El Nacimiento, dibujo de Gustavo Doré

RENUÉVASE cada año en la efemérides de la Natividad del Señor el toque de atención sobre el eterno mensaje que en tan celebrada fecha conmemora la cristiandad. Renova-

ción de la llamada bimilenaria, siempre vigente en su fuerza persuasiva, siempre con idéntica capacidad de penetración en los corazones sensibles a la grandeza y bondad proclamadas en las evangélicas palabras: «Gloria a Dios en las alturas

y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Pero el corazón humano, aunque vivificado por el soplo divino del Creador en su remoto origen, es vulnerable al pecado y se endurece a través de los siglos. Una costra de impurezas lo

envuelve y aletarga, y por esta causa es a veces insensible a la llamada angélica. Llamada jamás amortiguada en su pristino resonar, pero que el muro de impurezas que circunda el corazón del pecador le impide oírlo con la debida nitidez.

De ahí la necesidad del anual recordatorio. De ahí la necesidad de insistir cada año con un nuevo alabonazo a los corazones insensibles, de percutir en el muro de su vanidad, de su concupiscencia y su egoísmo, y abrir un boquete donde pueda penetrar el eterno mensaje de la Gran Verdad, lanzado al orbe entero desde el umbral de aquel humildísimo portal, simbolo de la verdadera grandeza y del verdadero poderio, eterno e inextinguible.

Porqué la Gran Verdad proclamada en el frontispicio del Portal de Belén tiene cimientos eternamente indestructibles.

Las rústicas paredes y el desvencijado techo que abriga el Niño en su cuna son más fuertes, inmensamente más fuertes, que el más sólido castillo. Y la humilde escena representada en aquel misero cobijo tiene una magnificencia, una grandiosidad que no podrán igualar jamás ni los más suntuosos palacios de la tierra.

Porqué ésta es la gran paradoja expresada en la representación belenística. Su humildad, su pobreza, su desamparo, tienen un resplandor tal que a su lado paldecen todos los tesoros mundanos.

Es la primera lección de cristianismo que aprendieron los hombres. Los hombres puros de corazón, los hombres de buena voluntad.

Paz en la tierra les fué prometido. Paz imposible, sin una absoluta fidelidad al Dios que nació en Belén.